

NUESTRA SEÑORA DE LAS PEÑAS

Fiesta ritual del norte de Chile

P O R

Carlos Lavín

SIGNIFICADO

EN la obra secular de evangelización que emprendieron en la América incógnita los misioneros hispánicos, viéronse obligados, muy a menudo, a transigir con los naturales en materias teológicas, tolerando aquellas ancestrales prácticas de idolatría que podían coexistir con el culto católico sin menoscabar la dignidad de los oficios divinos y el mantenimiento de la fe.

Hubieron de convencerse que tan atávicas tendencias exigían centurias para extirparse y no hicieron más que avenirse con ciertos resabios y exterioridades de los gentiles, en el propósito de reforzar, con benignidad y mansedumbre, la conversión en masa de las multitudes indígenas.

El culto de los ídolos por medio de la danza fué y será parte fundamental de las prácticas religiosas de las razas primitivas; a lo largo de toda América, y en especial en el litoral del Pacífico, persisten con inquietante vitalidad esas señales de gentilismo. Mucho ha influido en su conservación el carácter y la incipiente cultura de los grupos étnicos que integraron la población autóctona del Nuevo Mundo, y los actos rituales de esta típica mixtura pagano-cristiana, o bien no llegaron a perpetuarse, o degeneraron, o mejor se fundamentaron con el tiempo, llegando a establecer, a la postre, aquellos espectáculos, ritos y ceremonias que irreverentemente podrían clasificarse como una liturgia pagana íntimamente ligada al culto católico. Pueblos guerreros, por excelencia, como los araucanos, probaron su supremacía tanto material como espiritual, rechazando toda sumisión evangélica y su «habitat» en territorio chileno quedó marcado en el septentrión—hasta la eternidad—en el río Aconcagua (paralelo 33° Sur). Desde esa latitud hacia el norte, tanto en tierra chilena como en todas las naciones americanas que se extienden hacia el Ecuador y lo sobrepasan hasta California, subsisten elementos de incorporación pagana pronunciando un color y significado especiales a las ceremonias religiosas donde intervienen como oficiantes los individuos, tanto indígenas como propiamente criollos.

Del Aconcagua al norte, los diaguitas, los atacameños, los chinchas, los uros, los quichuas y centenares de grupos tribales se dejaron catequizar y crearon todo un programa de fiestas que señala, al mismo tiempo, los infinitos matices étnicos que atesora el mosaico racial de América toda. De más está recordar que en la zona araucana, es decir, de Santiago al sur, estos ritos ambiguos son desconocidos.

En cada comarca son las festividades patronales las que señalan fechas en el calendario. Por esos días los naturales, y con tanto fervor de parte de los criollos como de los indígenas, celebran festejos en homenaje y veneración del Santo Patrono del lugar. Las

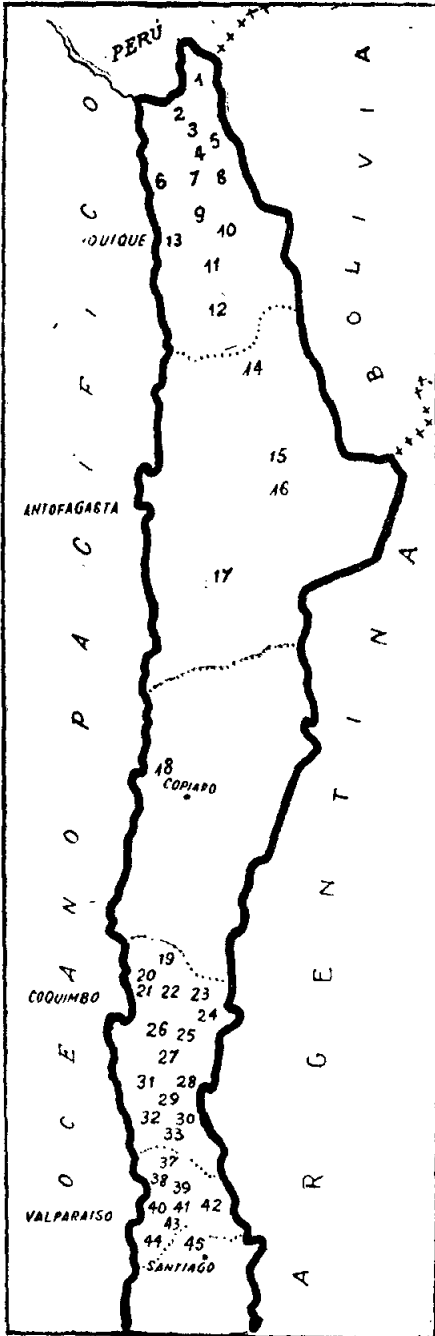
localidades quedan diseminadas en el mapa chileno desde un poco más al sur del río Aconcagua hasta el límite con el Perú, y de ahí, aún con mayor dispersión, hasta California. Todos estos verdaderos «festivales» convocan peregrinos y «promeseros» para participar en los oficios de la Iglesia, las procesiones, sermones, confesiones, mandas, promesas y, en especial, danzas, cantos colectivos y ofrendas individuales. La prosecución de los actos coreográficos con un ceremonial determinado, a cargo de danzarines profesionales, promovió desde los comienzos de la centuria pasada la formación de cofradías de danzantes con uniformes especiales y toda una jerarquía de autoridades, de monitores y de instructores que colaboran con el clero católico en la organización de estas celebraciones. El Niño Dios, Cristo Crucificado, la Santa Cruz, las Vírgenes del Carmen, del Rosario, de la Candelaria, etc., y varios santos, atraen los peregrinos a lo largo de Chile en casi un centenar de fiestas típicas. Concentran ellas las cohortes de danzantes de las comarcas vecinas, todas las cuales poseen cantos exclusivos de ofrenda, de saludo, de gracias, de despedida, con letra y música especiales; amén de las coreografías determinadas, los trajes característicos e instrumentos y conjuntos musicales de excepción.

No lograría señalarse este calendario folklórico chileno como el más variado, amplio y original en América, pero bien se le podría citar, junto con el mexicano, entre los mejor organizados, ya que las cohortes de profesionales se han hecho decididamente intercambiables y ello ha promovido una ejemplar disciplina que desarrolla admirablemente el «espíritu de cuerpo».

La prosecución de estos ritos somete y proporciona al mundo intelectual un fenómeno demográfico que atañe a la sociología y a la teología. Desconocido en el Viejo Mundo y desestimado en el Nuevo, espera su incorporación en el repertorio universal y la atención científica y la estimación artística que se merece.

EL MILAGRO

Las más diversas concreciones espirituales deben haber plasmado, al través de los siglos, la prístina leyenda de la aparición de la Virgen en el fondo de una de las más tortuosas gargantas de los Andes. Entre las versiones escuchadas se impone la del funcionario ariqueño don Manuel Pozo que sitúa el milagro en 1642. Fué un arriero rezagado—de aquéllos que desde el Altiplano hacia el Corregimiento de Arica conducían los tesoros de Potosí—el favorecido con la mística visión, en circunstancias que intervenía en defensa de una zagaleja perseguida por una serpiente. Su fino instinto indiano le permitió presentir el peligro, pero no pudo conjurar los elementos. Aterrado quedóse contemplando la cólera celeste que abatía con un rayo a la niña y al reptil; en su justa desesperación invocó a la Santísima Virgen, quien hizo su aparición en una pétreo silueta esculpida en la roca viva del cañón que estrecha el río Livilcar y en el propio sitio que hoy ocupa el Santuario. Identificó el



indio esa misteriosa estampa con la de Nuestra Señora del Rosario, y abandonando sus ganados y cargas cubrió a pie las diez y siete leguas que lo separaban de Arica, donde convocó a los fieles pronunciando la romería.

Diferentes ermitas y oratorios se han sucedido para honrar y venerar, en el mismo punto, la divina aparición; y, en la estrecha quebrada apenas si se ha podido —entre el río y la montaña— situar dos callejas de dos cuadras y una plazoleta ante el atrio de la Iglesia. Con su fachada barroca y sus dos torrecillas, refleja este sencillo monumento religioso, abandonado y perdido en las serranías, todo un pasado de fe y de paz y atésora en su interior los seculares votos de los fieles de las más apartadas comarcas. Las proporciones son reducidas para estrechar una navecilla central y dos alas, profusamente cubiertas, en tiempos de peregrinación, de monumentales cirios y velones de cera que, distribuidos en el piso, humean y gotean hasta consumirse. En la penumbra se distingue el altar mayor y, por detrás de éste y rodeando el ábside, se alza el pasaje suspendido donde desfilan los peregrinos. Deben alcanzar, uno a uno, a rumorear

MAPA FOLKLORICO DE CHILE. El Santuario de Las Peñas ocupa el número 2.



sus cuitas ante el nicho en que, nimbada de celestes bombillas eléctricas, surge la hermosísima imagen de Nuestra Señora de Las Peñas. Es una estatuita de cincuenta centímetros, arrobadoramente ataviada y rodeada de artefactos metálicos, materialmente cubiertos de primorosas joyas. Los novenantes esperan su turno, agradecen o regañan a la Reina de los Andes, y el emitir su promesa, depositan su ofrenda y caen en un llanto que puede ser de alegría o de transfiguración. Con las misas y sermones coincide la ceremonia ofrendaria y el resto apenas si satisface el tiempo que reclaman las columnas danzantes en su avance hacia el altar, elevando también sus preces, coreadas por la multitud.

Los programas anuales detallan los oficios católicos del Sábado, Domingo y Lunes. De la mañana a la noche se suceden las salvas, dianas, recepciones de las compañías danzantes, misas de comunión y peregrinos, actos de gracia, bautizos, matrimonios, rosarios, triduos, vísperas y sermones; clausurando todo aquello la Misa de Campaña del Lunes dedicada a los novenantes. Firman este programa los mantenedores de esta tradición: 75 alféreces de Arica, 30 alféreces de Tacna y otras tantas alférezas de las mismas ciudades. De más está recordar que estas autoridades velan por la estabilidad de esta devoción, fiscalizan las limosnas y preces y justifican las dádivas en obras de mantenimiento y ornato. Estas personalidades proceden de las altas clases sociales de esas capitales y conservan su investidura hasta que las fuerzas les permiten concurrir a la romería y servir y honrar a los peregrinos.

Entre las diversas manifestaciones públicas que se repiten periódicamente en Chile, la de Livilcar, señala de este modo un caso particular de protección social y una situación autónoma que habla muy en alto de deberes y de solidaridad dentro de un regionalismo bien comprendido. Su categoría resulta además bien original por el hecho de que el lugar de santidad en que se efectúan estas ceremonias no marca la concentración humana de una villa ni de un villorrio estable; y, posiblemente con estos antecedentes caracteriza, en toda América, el más acabado tipo de una sacrificada y expiativa peregrinación católica. El misterioso y sacrosanto rincón permanece siempre abandonado para llegar a animarse solamente dos veces al año: durante la fiesta chica del 10 de Diciembre y en los festejos oficiales de Octubre.

EL ESCENARIO

Al término medio de los turistas chilenos le basta con los paisajes y ambientes que ofrece cotidianamente el agro del Valle Central, influenciado más o menos por la Cordillera y el Océano. En otra promoción están aquéllos que han ido a admirar los bosques, lagos y volcanes del cercano sur, las soledades de la Antártica y su reflejo en la enorme Patagonia, el vivero encantado del Norte Chico y las inmensidades desérticas de la Pampa norteña. Son escasos los viajeros que han alcanzado hasta las cálidas tierras del extremo nor-

te, en la provincia de Tarapacá, y han podido estimar la enorme variedad de nuestro suelo.

La estación invernal de Arica, otrora emporio y respetado corregimiento, por el cual pasaron las grandes riquezas de este mundo, establece un sector territorial de clima cálido, que como un contraste o excepción gloriosa, la Naturaleza brinda a la República Longitudinal, según la feliz expresión de un estadista tropical. Desde la gloriosa atalaya de este puerto puede divisarse la vasta quebrada de Azapa, antediluviano vertedero de las aguas cordilleranas que guarda en su seno todos los misterios naturales y donde se conservan fiel y piadosamente tradiciones y ritos de cuatro siglos hispánicos, matizados con reminiscencias de las rancias civilizaciones precolombinas.

Se suceden en este valle tres sectores algo confusos pero integrantes de la más asombrosa realidad. Hacia la costa, páramos y dunas desoladas; en el centro, un feracísimo agro tropical, y hacia lo alto, parajes abruptos en los cuales se oculta—en el fondo del horrible cañón que aprisiona el río Livilcar—el Santuario de Nuestra Señora de las Peñas.

En un clima tropical de grandes contrastes de temperatura, sumergidos en una luz imaginaria producida por la ubicación del Santuario, en el fondo de un cañón de poco menos proporciones que aquel del Colorado, fatigados y maltraídos por las enervantes y peligrosas jornadas a lomo de mula, entumecidos por el frío e insomnio del ilusorio descansar al suelo duro y desprovisto de toda comodidad ciudadana, hasta en los servicios higiénicos, los romeros, confundidos en una clase social única, fraternizan olvidando todos sus afares y cuitas. Es una multitud de cuatro mil personas, apiñada en un ínfimo villorrio de dos calles, con una plazuela de doce metros y una iglesia colonial de dieciocho, aprisionado todo aquello entre el río y la montaña.

Si son atractivos en las festividades de Livilcar los detalles «arcaizantes», más aún lo son los aspectos de la ruta multiforme que da acceso desde el mar al remoto adoratorio, con ochenta kilómetros del más prodigioso diorama que pueda concebirse. Debe recorrerse en inquietante viaje nocturno, a lomo de mula, o bien en las esplendideces soleadas que sesenta horas después revelan las acechanzas naturales que se habían atravesado. Arcanas jornadas de pesadilla se suceden en esa recóndita senda de expiación que deja entrever impenetrables secretos de la Naturaleza. Al entrar a ese país de misterio, la desolación, dentro de una relativa fertilidad, se percibe a la salida de Arica al pasar por Saucache, Pago de Gómez, Alto de Ramírez y algunos plantíos diseminados que anuncian esplendideces de la zona tórrida, ofrecidas por los platanares de Las Maitas, los limoneros de Las Riberas, los algodóneros de Sobraya, los palmares de Las Yaras y principalmente los olivos de trescientos años. Perdurán éstos en San Miguel, y ahí mismo se exprimen los frutos con un mecanismo medioeval accionado por mulares.

Toda esta orgía vegetal decrece en Casa Grande, para arribar luego a las fantásticas dunas de El Paradero, donde se efectúa el

cambio de locomoción. Los páramos de Chamarcociña ya afectan el ánimo para penetrar, subyugado, a uno de los sectores más recónditos del estrecho cañón. Surcando guijarrales que bordean los frisos carcomidos de las enhiestas rocas circundantes, aparece el verdor de Ausípar, precisamente el más misterioso de todos esos paisajes, luego se olvida con las perspectivas desoladas de Chilpe, Huancarane, Arcunio y Cachanco. En Cñaguaya se esconden los criaderos de gambusias que han de aniquilar las larvas portadoras de la malaria; y las casas y jardines deshabitados marcan el éxodo de los ribereños. Umagata, que tanto preocupó a Pedro de Valdivia, apenas si atesora el tabernáculo de su templo colonial en ruinas; y el agua ríente que acompaña al viajero lo guía por un curso pedregoso entre Achuelo y El Molino para señalarle inesperadamente las torrecillas y las luces del Santuario. Verdes prados orillean las altaneras rocas que se prolongan aún por enhiestas serranías hasta el poblado de Livíscar, sede de un antiquísimo templo, dedicado a un atormentado y trágico Cristo de industria quiteña.

La travesía se puede aún continuar hasta las nieves, por faldeos que se pierden en quiebras y barrancales de la Cordillera, donde la temperatura y el clima—en la gradación entre el mar y la montaña—deparan los más asombrosos contrastes. Es así como en pocas regiones del mundo se podrían encontrar aspectos tan variados y extraños como los que ofrece el extremo norte de nuestro territorio.

Las coordenadas geográficas del Santuario mismo son las siguientes: 18° 30' de latitud y 69° 43' de longitud.

SÍMIL

Universalmente hablando, los diversos tipos de peregrinación, y otros actos místicos que atraen multitudes, no podrían clasificarse en virtud de la insondable variedad de credos. Si bien habría que desechar los magnos ejemplos asiáticos del Tíbet, de La Meca y del Ganges como propiamente continentales, y aun otros de orden intercontinental como las Cruzadas a Jerusalén, se impondría escoger el ejemplar acontecimiento de Santiago de Compostela para descartar toda competencia americana. En Europa podrían seleccionarse, empero, algunas romerías de menores proporciones para equipararlas, en determinados aspectos, a las peregrinaciones neomundiales, de suyo variadas y aun opuestas en su significado y exterioridades. Cabe recordar, de este modo, y sólo en el Viejo Mundo, las concentraciones de Saint Alban (inglesa), de Bretaña («pardons»), de Loreto (italiana), de la Chandeleur (sur de Francia), las hispánicas de Guadalupe, del Pilar y de Monserrat y aquella propiamente universal de Roma. De no menor nombradía son las afluencias a Montecassino (Italia) y del Mont St. Michel (Francia).

A tan diversos modelos se pueden comparar las fervorosas convocaciones de Copacabana (Bolivia), Guadalupe (México), Luján (Argentina), Coromoto (Venezuela), Chiquinquirá (Colombia) y Andacollo (Chile). Acogen ellas muchedumbres internacionales que alojan en hospederías y encierran en colegiatas y basílicas, pero

nunca se definen en particularidades exclusivas. En cambio aquéllas de Huanta, Kollao, Coracora, Sambaya, Saccacha, Sapallanga, Cerro Colorado y la Virgen de Chapi en el Perú; del «Señor» de Chalma, de la Virgen de Pueblito (Querétaro) y de la Virgen de Zapopán, en México; de Itati y de La Rioja en Argentina; de La Peña y de Congonhas do Campo en el Brasil; de Cotocollao y Otavalo en Ecuador; de Mayquetía en Venezuela, de los Angeles en Costa Rica y de La Caridad en Cuba dan otra nota de misticismo y ofrecen lo que podría llamarse otros sistemas de veneraciones.

Pueden ellas participar de la dualidad pagano-cristiana al estilo de las romerías chilenas de Sibaya (Antofagasta), de la Candelaria (Copiapó) y del Niño Dios de Sotaquí, en Coquimbo; o bien ceñirse a un rotundo catolicismo como nuestros ejemplos de San Francisco de Purapel o de San Sebastián de Yumbel, pero señalan un rango particular de liturgia y señalados ritos. Aun el repertorio americano puede ampliarse al tipo de feria-romería tan admirablemente representado por las heterogéneas concentraciones del Santuario de Caacupé (Paraguay), de pronunciada similitud—aunque de mucho mayor colorido—con nuestro ferial ejemplo de Santa Rosa de Pelequén.

Convendría mentar todavía otro patrón americano de manifestaciones del más destacado pintoresquismo y que confina con el espectáculo. Abundan estas folklóricas juntas en Centro América, en México y en el Perú y en ellas se incorporan las danzas en verdaderas representaciones, ya reconocidas con la denominación de «logas». Participan éstas de la austeridad de los «misterios» medioevales, de las cándidas figuraciones de los bailetes pastoriles, de las legendarias luchas de moros y cristianos y de las procacidades de las mojigangas ibéricas. Toda una vena de secular tradición hispánica o lusitana revive en estas «funciones» que sintetizan las más variadas facetas y medios de expresión artísticos. Es además bien notorio que las logas han sobrepasado el nivel artístico de las danzas rituales propias de las romerías y han llegado a aciertos tan meritísimos como Los Tastoanes de Guatemala, La Danza de la Pluma y Los Matachines de México, todas bien clasificadas en los anales folklóricos de América como verdaderos espectáculos que no confían nada a la improvisación. Ya reducidas estas especialidades a la forma de «sketchs» han sido también sorprendidas al través de nuestras tierras en las festividades de La Tirana (Iquique) y de Aiquina (Antofagasta).

Si a Compostela habría que asimilar, y salvando las proporciones, la romería chilena de Livilcar, ello podría hacerse atendiendo al fanatismo con que los novenantes cubren las accidentadas distancias. Al pie de nuestra Cordillera no son apropiados los escollos y acechanzas de una senda de expiación para hacer alardes de miseria, mendigar por voto de pobreza; y, como pordioseros que imploran, vestir el sayal del penitente solitario. No hay carnes descubiertas, no hay harapos, no hay lacras ni llagas. Al contrario, si en las horas nocturnas se observa a los caminantes siempre avanzando, en grupos familiares, se les sorprende uniformados en un

traje de campaña que los reduce a una clase social única. La prosapia de algunos sólo puede calcularse por las cabalgaduras, los arreos y el estilo de montar. Siempre a pie los humildes hacen fila entremezclados con acémilas que en cada una de sus árguenas ocultan un crío bien empaquetado—apenas sobresalen unos ojos inquisidores en una cabecita hirsuta—mientras la chicuela mayor, bien plantada sobre las mantas que tapan la montura, alecciona su bestia y las que siguen con una robusta cuerda. A cuatro cuerpos de distancia se delata una «niña bien» por unas polainas altas, y así sucesivamente otros tantos tipos sociales. Ahí van todos confundidos y convictos, empuñando, los más un alto báculo con el cual auscultan y exploran las cavidades, quiebras y aguadas peligrosas. Sobre diez personas, seis usan linterna eléctrica y con sus chispazos y señales diseñan en el horizonte la enigmática ruta. Se llaman entre sí, conversan, inquietan noticias, ayudan al prójimo y preparan sus músculos para la gran fatiga de dos días de movimiento continuo con breves horas de reposo en pleno suelo polvoriento. No son gentes que pasan: son estilizados peregrinos sin esclavina y con bordones improvisados: colegiales, horteras, militares de civil, matronas, empleados públicos, lavanderas, magistrados, hijas de familia, barreteros: todos son fieles cristianos en el errático convoy.

Ya en la fiesta, y disfrazados de bailarines o instrumentistas—por cierto, los afiliados al culto—, se les ve muy disciplinados, desfilar en las procesiones o participar en el ritmo de las ondulantes columnas sin reparar en los corros de espectadores. Como transfigurados por la unción actúan solidariamente con la vista perdida, sin descuidar un ápice el juego colectivo y llevando el rito a la perfección para elevar sus espíritus y prepararse a la virtud. Es en esta forma como estos personajes de nuestra época llevan a cabo, dentro del más fervoroso culto católico, diversas misiones de oficiantes profanos.

TRADICIÓN Y RITO

Una estricta y escueta realidad implican los actos rituales que pueden presenciarse todos los años—primer Domingo de Octubre—en los misteriosos parajes montañosos del confín septentrional de nuestro suelo. La peregrinación de Nuestra Señora del Carmen de las Peñas, en Livilcar, es similar por su primitivismo a aquéllas de la Edad Media. Si se sufren ahí toda suerte de penalidades y sacrificios, pueden también disfrutarse realidades, tanto para la vista como para el oído, que sobrepasan toda fantasía y corrigen los contornos más engañosos de las obras de ficción. Cuatro mil promesantes de Chile, Perú y Bolivia acuden en demanda de salud y consuelo, esperando disfrutar—en esta concentración y en una nueva vida—del alivio de la soledad y del recogimiento. Es una actitud paradójica que satisface a todos los ánimos y en especial a aquellos que desesperan de obtener la realización de sus aspiraciones y anhelos.

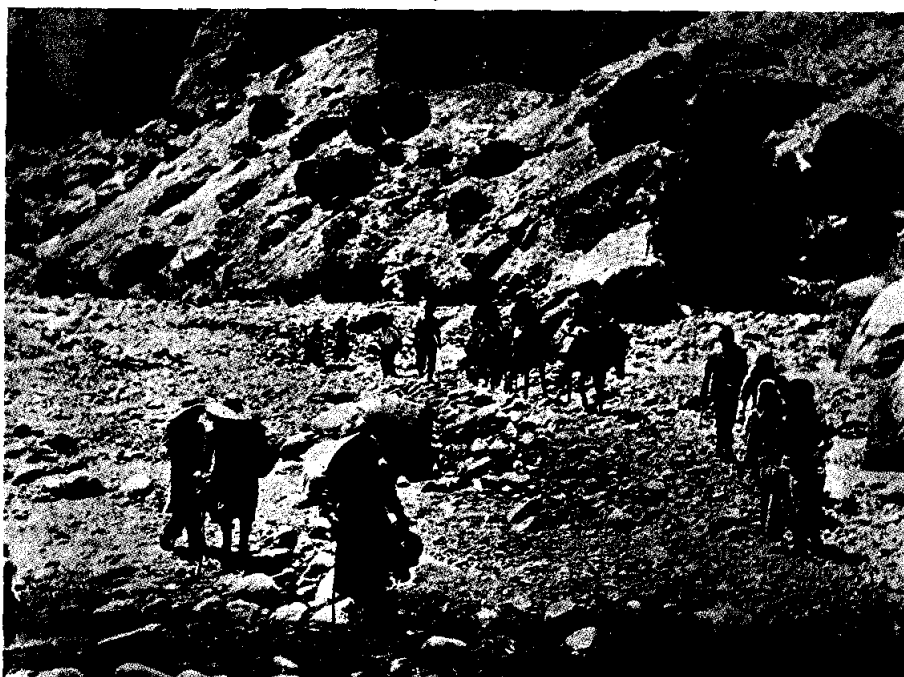
Desde el toque de diana (a las cinco en punto) hasta la media noche, las compañías de «morenos», «chunchos», «pampinos» y «cuyacas» no cesan de tocar, cantar y bailar, fuera y dentro del



Las Guyacas tejiendo el mástil en las festividades de Livilcar. A la derecha, el corporal dirige la escena.



El Santuario de Ntra. Sra. de Las Peñas (Livillar).



Los peregrinos avanzan.

templo; alternando con toda suerte de oficios propiamente católicos. El desfile de peregrinos, por detrás del altar mayor, se hace al margen de la liturgia, ofreciendo ellos sus preces individualmente a la cautivadora imagen de Nuestra Señora del Rosario; la cual, entre luces, flores y joyas, atrae todas las miradas, eleva los corazones y subyuga todas las voluntades. Estos actos de adoración y de recogimiento, permanentes durante sesenta horas, adquieren el carácter de rotativos con los espectáculos complementarios de bien distinta índole. En Las Peñas, el apretujón causado por el gentío en tan estrecho recinto aumenta el conflicto y el apuro de la abigarrada muchedumbre internacional. Muy diferenciados grupos de indios, con sus característicos trajes típicos de vivos colores, a la usanza del Perú, Bolivia y Chile, se confunden con el elemento criollo y los visitantes de nota. Resalta entonces más vigoroso el contraste y relumbre de las comparsas, de las murgas y de los oficiantes humorísticos que mantiene la euforia.

Este espectáculo, categóricamente teatral, parece, en Livilcar, desbordarse de la realidad para pasar al dominio de la ficción en las primeras horas de las noches del Sábado y del Domingo, al hechizo de las procesiones nocturnas. Tales manifestaciones, verdaderos efectos decorativos de grupos humanos, sobrecortados sobre la mole pétrea del telón de fondo, sobrepasan el dominio de lo real. Un medio millar de romeros, en doble fila, empuñando enormes antorchas, seccionados por las comparsas y bandas, incorporan grupos humanos que sostienen dos hermosísimas andas de la Virgen. Caminan muy lentamente y entonan primorosos cánticos, ya compuestos especialmente para este acto o rememorados en cuatro siglos de tradición. Es un solemne y quejumbroso unísono vocal, de un sabor poco común en el repertorio de la música cultista y la natural. Con su mano disponible, cuarenta peregrinos que rodean las imágenes, apuntan el haz de sus linternas eléctricas sobre las virginales figuras, engalanadas de flores, tules y papelinas que se irisan en adorables matices; mientras los incensarios consiguen, por contraste, dar mayor acritud a los perfumes de la montaña. Antes de media noche sobreviene el silencio y el panorama infinito del cielo tropical, tachonado de estrellas, no logra disipar la fantasmagórica visión.

Desde la madrugada del Lunes empiezan los adioses a la Madrecita Querida, con los coros de llantos y lamentaciones que acompañan esas andas hasta la puerta del Santuario y, a las diez de la mañana, todo está terminado. La fila de romeros, tanto a pie como cabalgando, zigzaguea por la Quebrada de Azapa. Las sendas troperas cruzan constantemente el guijarral del cristalino riachuelo para subir y bajar a imponentes alturas rocosas. El prolongado cañón se abre a veces hacia planicies dominadas por un sol meridiano y abrumador, que acompaña a los viajeros hasta El Paradero, sitio intermedio donde esperan los autobuses del servicio ariqueño. Tres horas después del meridiano se vislumbra en los términos más cercanos del cuadro marítimo la estación inalámbrica y El Morro. La gloriosa atalaya se ostenta—y por una ironía de la suerte—como un símbolo de paz y de descanso para los aporreados y maltrechos

peregrinos, que parecen despertar de un sueño de tres días. Ahí les esperan las regalías y atracciones de la civilización.

LOS OFICIANTES

Los Chunchos de Iquique, las Cuyacas del Valle, los Morenos Pampinos de Arica, la Sociedad Manuela de Marconi, la Compañía de Morenos de Tacna, y la Compañía de Morenos de Sama son las cohortes que visitan actualmente el Santuario de las Peñas, aunque en los tiempos pasados la dotación era aún más cosmopolita y de extracción más propiamente indígena. De Bolivia acudían los Pipimpullas, típicos danzantes del Altiplano, y la renombrada banda aymará de Huachacalle (9 instrumentistas de metal), todos ellos recorriendo a pie el inmenso y accidentado trayecto. Del Perú venían varias comparsas de Laquitas y del remoto suelo septentrional chileno aparecían los Sicures de Ticnamar.

Desde hace una década la asistencia de estas comparsas se ha regularizado y el programa anual se verifica con efectivos ya consagrados que no se prodigan con el exotismo desenfrenado de la época neosecular. Actualmente el indumento de los danzarines y de los ejecutantes es más «citadino», aunque el ritual no se haya desvirtuado en lo más mínimo. Las dos agrupaciones peruanas parecen haberse uniformado en traje de calle: rigurosa chaqueta negra, pantalón blanco de hilo y un sombrero de jipijapa son prendas civiles que ellos asemejan, aun más, con una bandolera blanca o roja cubierta de inscripciones místicas. De menos urbana apariencia son los disfraces de los chilenísimos grupos de los Morenos Pampinos, la Sociedad de Morenos, los Chunchos y la extraordinariamente típica falange femenina de las Cuyacas. Si entre los Morenos Pampinos participan elementos de ambos sexos, en el ejercicio coreográfico se identifican todos en una característica vestimenta blanca, amplia esclavina y un rectangular casco amarillo. Contrastando con éstos usan las Cuyacas un disfraz en el cual domina el color verde tachonado de motivos polícromos. Un pañuelo similar les sirve de tocado y su insignia es la «guaraca», esa especie de fusta elástica y trenzada con los colores nacionales. Representa esta insignia, manejada airoosamente en el baile, el más hermoso símbolo de la vida doméstica con los camélidos regionales: la vicuña, la llama y la alpaca. Las cohortes peruanas son las más numerosas, con más de treinta danzantes y la correspondiente banda, imponiéndose sobre los grupos chilenos más reducidos y dotados de charangas o conjuntos típicos de pitos, quenás y tambores.

Estos gremios o uniones de fieles, de antiquísima formación, deben su existencia al voto de un creyente que, en satisfacción de su manda, promesa o legado, instituye estas especies de congregaciones: costea los uniformes, proporciona los adoratorios para la prosecución del rito; pero, en las romerías o actos públicos son los afiliados quienes hacen los gastos de sustento, alojamiento y transporte. Los guía, enseña y manda un jefe (Director de Compañía), secundado o mandado por un Caporal y un Director de Banda.

El Caporal hace de tambor mayor, de monitor, de introductor, reservando los papeles cómicos y espectaculares a los «diablos», bien disfrazados y encubiertos en razón de su festiva labor, al margen de los bailes.

El respeto y sumisión que a sus jefes dedican estos oficianes es proverbial. Son nombrados por cuidadosa selección y a ellos incumbe conservar y enseñar los pasos y los cantos. Poseen el secreto del ceremonial y resuelven toda cuestión administrativa y gremial; son consejeros espirituales de los asociados y los representan ante el clero católico y las autoridades civiles. Los ritos y ordenanzas de los cofrades no están desprovistos de unción e implican un cierto garbo que les hace guardar sus uniformes para el momento de la acción: no son soldados sino voluntarios y saben mantener la disciplina en todo momento, especialmente en los ensayos. Concurren y se reclutan en las más diversas procedencias, tanto de nacimiento como de profesión, y en su acción fraternal ofrecen el más alto ejemplo de cooperación.

Refiriéndose a la institución de una de estas compañías, se podría mencionar el origen de los Morenos Pampinos. Vive en Arica la protectora, doña Damiana Medina, quien fundó esta asociación y costó su mantenimiento como una manda por la salvación de su hijo Américo Medina, de precaria salud. En los tres primeros años de esta promesa debe ella usar ropa «carmelo» y, dos años más, de ropa amarilla. Fué esta benefactora quien «levantó el altar» y protege financieramente a la cofradía.

Han concurrido también al Santuario de Las Peñas otros grupos regionales como los Morenos de Azapa y la falange ariqueña de Castillo, pero tanto éstos como los Calahuallas de Tarata (Perú), los Cambas de Arica y los Chunchos de Arica «ya cumplieron» y no se les espera más. Bajo el punto de vista gremial sobresale naturalmente la falange femenina, cuyo jefe es el joven Caporal Mario Oviedo, garboso conductor con aires de técnico, anteojos negros y todo el tacto y mesura que requiere su labor instructora. Complementan esta agrupación femenina dos «diablos» y el grupillo instrumental de dos quenás (fusas) y dos tambores. Refiriéndose concretamente a estos personajes, de tipo absolutamente universal, que mantienen o desvían la atención de la multitud, se les puede comparar a los de otras comarcas o países: visten estrofalariamente con trajes de luces ya desgarrados, lengua barba, anteojos huecos, chapeo mal plegado y se beben el aire en el puesto de honor divirtiéndose a la plebe. Como complicada jerarquía se impone también la Sociedad de Morenos fundada en 1930, la cual además de su Caporal (no tiene director) posee un Primer Guía, un Segundo Guía y un Tercer Guía encabezando las respectivas filas.

Esta enumeración de categorías y grados promueve la comparación con los promeseros de Andacollo, verdadero arquetipo regional, considerada como la más antigua institución del país. A los «chinos» se les conoce asociados desde 1596, a los «danzantes» desde 1798 y a los «turbantes» desde 1752, constituyendo entre todos una verdadera guardia de honor de la Virgen del Rosario. Están regidos

por sus «caciques» y su organización y aspecto sugieren una indiscutible tradición minera. Pasa su número de dos millares y sus cuadros danzantes obedecen a figuraciones diversas, como asimismo el instrumental de los ejecutantes recopilados en todos los órdenes, con propósitos de pintoresquismo antes que propiamente musical. Llámense «bailes» a estas falanges y su cohesión y unificación los distingue enormemente de las comparsas que concurren a Livilcar, decididamente rebeldes a la federación y a las imitaciones.

(Terminará en el próximo número).